

# "EL DESTINO DE MARTA", ALGUNAS CLAVES DE LA NUEVA ESPIRITUALIDAD

*Eduardo Vizcaíno Cruzado*

*Sumario:* Los pensadores de la religión no se ponen muy de acuerdo si ésta va camino de desaparecer; como postula, por ejemplo, el historiador y filósofo Marcel Gauchet, o bien está en pleno resurgimiento, como parecen indicar autores como Gilles Kepel o Frédéric Lenoir. En el presente artículo, se analizará un foro de Internet elaborado por adolescentes que discuten sobre la existencia o no del destino. A partir de esta discusión juvenil, intentaremos, por un lado, definir un método de investigación social y filosófico válido para tratar temas teológicos y, por el otro, perfilar algunas de las claves de la nueva espiritualidad que está surgiendo, más líquida, con menos agarres.

*Summary:* Religion Philosophers do not agree if Religion is on a way out, as it is postulated by the historian and philosopher Marcel Gauchet for instance, or if Religion is fully emerging, as affirmed by authors as Giles Kepel or Frédéric Lenoir. In this article, we will study a forum of Internet prepared by young people who discuss the existence or non existence of destiny. From this youthful discussion will try first to define a method of social and philosophical investigation, valid for treating theological subjects, and secondly to shape some of the new keys of the new spirituality which is emerging more liquid and with less holdings.

*Palabras clave:* juventud, nueva espiritualidad, destino, religión.

*Key words:* Synod of youth, new spirituality, destiny, religion.

## 1. Introducción

“A veces el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con la Muerte antes del amanecer. Y la razón es que la tormenta no es algo que venga de lejos y que no guarde relación contigo. Esta tormenta, en definitiva, eres tú. Es algo que se encuentra en tu interior. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir atravesándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni

dirección, a veces ni siquiera existe el tiempo. Allí sólo hay una arena blanca y fina, como polvo de huesos, danzando en lo alto del cielo. Imagínate una tormenta como ésta”<sup>1</sup>.

El programa de Filosofía de Primero de Bachillerato incluye el problema de la realidad humana. Para tratar este asunto, algunos manuales recurren a la filosofía de Heidegger contenida en *Ser y Tiempo*, donde el autor expone sus ideas referidas a la posibilidad que tiene el *Dasein* de “elegir” una “vida auténtica”, evitando perderse en el “se”. El ser humano tiene frente a sí un horizonte de posibilidades. La vida, de este modo, se convierte en una pura elección entre todas las opciones que están a nuestro alcance. En elegir correctamente es donde nos jugamos vivir una existencia auténtica o inauténtica. El *ser-ahí* (el ser-en-el-mundo), que somos, es un ser abierto. Algo así, grosso modo, se explica en clase, a alumnos de entre 16 y 18 años.

Ante las miradas escépticas de unos y las risas burlonas de otros (“*venga, profesor, no seas ingenuo, ¿está diciendo que podemos “elegir”?*”), se afirmó (tal vez, atrevidamente) que Heidegger creía que éramos libres, que no veníamos marcados (y cerrados) por el instinto, como lo está el animal, y que no existía algo así como una predestinación del ser humano: el destino no existe, somos nosotros los dueños de nuestras vidas. “(...) el ‘Da-sein’ no es una identidad esencial cerrada, determinada, definible”<sup>2</sup>. Y es aquí donde surge el debate sobre libertad y predestinación. Durante la clase, la mayoría, de un modo u otro, negaba la posibilidad de la libertad: preferían atarse a una fe que les asegurara que van a donde deben ir, sin posibilidad de error. La vida de nuestros jóvenes tiene demasiados horizontes abiertos y es difícil de manejar, más aún cuando queremos vivirlos todos. Tal vez por ello optan por una realidad lo suficientemente difusa (como el destino) que no les amarre demasiado. Parece la espiritualidad ideal, la mejor forma de organizarse (y entender) la propia vida desde una determinada trascendencia, construida “ad hoc” para un grupo de jóvenes que viven en un mundo en proceso de reencantamiento, con un “mercado metafísico” abierto las veinticuatro horas al día con una oferta de sentido casi infinita, y con el deseo de romper definitivamente con las religiones institucionales, tal y como se desprende del informe sobre la juventud de la Fundación Santa María<sup>3</sup>.

El debate iniciado en clase continuó durante cuatro días en un foro de internet, al que pusieron por título “El destino, ¿existe?” y en el que se recogieron 105 intervenciones de un grupo de unos 16 alumnos y alumnas, si bien el grueso del debate se “fraguó” entre tres de ellos. Todos son estudiantes onubenses de 1º de Bachillerato, de la Rama de Ciencias (Ingeniería y Salud) y Ciencias Sociales. Analizar este foro puede mostrarnos muchas de las características que poseen algunas nuevas formas de espiri-

<sup>1</sup> H., MURAKAMI, *Kafka en la orilla*, Barcelona 2006, 11

<sup>2</sup> L. SÁEZ RUEDA, *Movimientos filosóficos actuales*, Madrid 2001, 132.

<sup>3</sup> VV.AA. *Jóvenes españoles 2005*. Fundación Santa María.

tualidad, una suerte de “espiritualidad líquida”<sup>4</sup> que vamos a intentar situar. Lo que más sorprende es la buena acogida que tiene el determinismo entre los jóvenes. Incluso aquellos que lo niegan, usan otros argumentos igualmente deterministas para rebatirlos, echando mano de la “providencia” más estoica.

## 2. Algunas notas sobre el método: las riquezas del foro para la investigación

El método usado para recoger la información ha sido un descubrimiento casual: el estudio, principalmente, de las opiniones sobre el destino “colgadas” en un foro de la web de la asignatura de Filosofía. Como diremos a continuación, no hubo un diseño especial para nuestra investigación de este coloquio entre alumnos. Todo nació de la inquietud y el interés de algunos de ellos por el tema. María B.M., justo después de la clase arriba comentada, abrió este foro y comenzó la discusión.

La riqueza del foro para este tipo de investigación reside en varios aspectos. Uno de ellos, válido para este caso en concreto, es la espontaneidad con la que surgió como acabamos de comentar: no hubo indicaciones por parte del profesor, ni unas preguntas cerradas, no se pidieron voluntarios; tampoco se seleccionaron a los participantes, buscando tener una muestra significativa. Por tanto, quien busque aquí un estudio estadístico minucioso sobre la religiosidad juvenil, no lo encontrará. Ni siquiera el tema fue propuesto por el docente.

Las reglas son las mismas que para cualquier diálogo: cada cual puede opinar lo que desee (siempre con el respeto y la consideración de la opinión del otro) y los demás pueden responder a cualquier opinión que haya sido “colgada” anteriormente o bien, si lo cree oportuno, establecer otra “vía” de argumentación completamente nueva. En general, el diálogo transcurrió bajo la forma de pregunta-respuesta y tesis-contratesis.

Gadamer<sup>5</sup> observaba que no somos nosotros los que dirigimos el diálogo, sino que es éste el que nos va llevando. Por supuesto, nuestra conversación no fue distinta y en su desarrollo fue dando “tumbos”, desembocando en otro tema (si es deseable “conocer” nuestro futuro). Esto, como en cualquier otro coloquio, lejos de ser un inconveniente, es uno de esos aspectos que enriquece este método dialógico.

¿Cuáles son las demás ventajas? Por supuesto, y deduciéndola de la anterior, la libertad con la que se expresan las opiniones, la libre creatividad y dominio de todos los aspectos del discurso: en qué términos se formula, el uso de comunicación no verbal –con emoticonos, por ejemplo– en la expresión de sus ideas; y la “autorregulación” del discurso: ellos mismos se vetan cuando alguno no respeta las normas del diálogo. Todos los elementos del discurso (el lenguaje, las expresiones, los símbolos, las normas...) son

<sup>4</sup> Bauman ha escrito diversos libros sobre el asunto: *Vida líquida*, *Tiempos líquidos*, *Arte ¿líquido?*, *Miedo líquido*, *Modernidad líquida*, *Amor líquido*... Cf. Z. BAUMAN, *Vida líquida*, Barcelona 2006.

<sup>5</sup> H-G. GADAMER, *Verdad y Método*, Salamanca 1996, 461

del dominio de los jóvenes. Analizar este foro es una oportunidad para entrar no sólo en el terreno de su ocio sino, sobre todo, de sus ideas y creencias.

Otra de las cualidades que se detectan en el foro es la excelente combinación de espontaneidad y reflexión. En los debates “en vivo” (los que se hacen en el aula, por ejemplo) y con el tiempo contando hacia atrás, los alumnos y alumnas van opinando “sobre la marcha”, lo primero que se les pasa por la cabeza, sin meditar, sopesar ni controlar las posibles contradicciones en su argumentación (pueden llegar a decir auténticas barbaridades). Esto, sin lugar a dudas, tiene sus ventajas (que hemos aprovechado también en el foro). Pero ese tiempo tan limitado (los cincuenta minutos de una clase) y el afán por decir algo no dan cabida, en muchos casos, a otro elemento también muy importante: la reflexión. En nuestro foro, que los alumnos y alumnas se hayan pensado dos veces las cosas (una antes de escribir y otra mientras se hacía), se hayan dado tiempo e incluso que hayan podido leer con detenimiento y más de una vez las opiniones de los demás, significa que han iniciado una búsqueda interior, intentando aclarar sus creencias y pensamientos, sacarlos a flote, expresarlos y expresárselos tal vez por primera vez. Esto nos hace pensar que en el escaparate del foro hay ya mucho de la trastienda de los jóvenes.

En el debate, encontramos opiniones que se “cuelgan” en el mismo minuto o con uno o dos de diferencia (el tiempo de leer la opinión del compañero o compañera y escribir la propia) y otras que tardan horas<sup>6</sup>. Así, quedan combinadas estas dos cualidades sin merma de la riqueza del diálogo que supone el “exceso” de reflexión (que implica detenerse, alejarse, darse tiempo) y la falta de profundidad por el “exceso” de espontaneidad.

Además, otro factor que influye en la profundidad de los discursos es la necesidad de tener que escribir las propias opiniones. Tener que verbalizar las ideas ya supone un esfuerzo (el que conlleva todo acto comunicativo): la tarea de hacerse comprender por el otro. Pero tener que redactarlas conlleva una labor mayor, en tanto en cuanto el receptor del mensaje tendrá que vérselas él solo con el texto e interpretar su contenido. Una mala explicación puede llevarte a no ser entendido. Evidentemente, el foro no es un texto cerrado, en la que la comunicación con el autor del mismo es imposible (como en el caso de un libro o un artículo). El foro es un medio frío, según McLuhan, en cuanto requiere una alta participación de los sujetos. Estos, cuando no comprenden algo, se preguntan e interrogan. El problema es ser mal interpretado, que los otros doten a tus palabras de un sentido ajeno y distante al que tú pretendías. En estos casos, no hay preguntas de aclaración, sino recriminación. La necesidad de verbalizar y redactar la ideas correctamente para no ser mal interpretado y, además, comprendido exige de los participantes una mayor precisión en su expresión y esto, a su vez, una reflexión más clara y coherente sobre sus propias ideas.

---

<sup>6</sup> No significa, por supuesto, que el alumno o alumna se haya llevado esas horas reflexionando sobre dicha cuestión, pero sí es cierto que, cuando se mantiene una discusión y ésta se detiene –los alumnos y alumnas pararon para cenar y estudiar, v.g.– uno no deja de darle “vueltas” al asunto y lo que escribe después de esas horas es el “poso” que todo debate ha ido dejando en él.

Otra de las ventajas de este método es la posibilidad de escribir cuanto uno quiera, sin límite de extensión. En un debate en vivo, y por la falta de tiempo de la que hablábamos, la participación suele quedar reducida a un minuto o minuto y medio, con el fin de que todos puedan dar su opinión y parecer. En el debate "on line", el participante puede explayarse cuanto quiera (su único riesgo es que los demás, por ser un texto excesivamente largo, no quieran leerlo). Pero no sólo eso. Tampoco hay una extensión mínima. A veces, en nuestro discurso oral durante el debate en clase, cuando nos toca hablar después de estar mucho tiempo esperando (otra ventaja, aquí no se espera), queremos aprovechar al máximo y decir todo cuanto queremos, aunque sólo tengamos una breve idea que aportar. En el foro, nuestra intervención puede reducirse a "↵".

Y esto nos lleva a otra cualidad del foro: se desarrolla en un "lenguaje" extraordinariamente significativo para los jóvenes. Internet, los foros, el chat, no sólo son medios de comunicación, sino el mundo en el que se mueven, se comunican y se relacionan. El símbolo arriba citado, y que se usa a menudo en el foro ("↵"), por ejemplo, simula a dos ojos que miran desconfiadamente, que recelan. Pero como cualquier símbolo, expresa mucho más de lo que nosotros podamos decir aquí. Es imposible reducirlo a cuatro o cinco palabras, pues no sólo lleva implícito el concepto de desconfianza (a veces también amenaza), sino todas las "emociones" que éste acarrea. Lo que para nosotros puede denotar tan sólo "desacuerdo", "desconfianza"... y poco más, para ellos, la carga connotativa es tan alta, que llegan incluso a detener el debate para reprender a uno de los participantes. Que el lenguaje es nuestro mundo y que en él somos lo que "somos" casi se puede "ver y tocar" en un foro de internet.

Ya venimos informando de otra de las ventajas que hemos descubierto en el uso del foro como método de investigación: las intervenciones quedan registradas para el uso de todos los usuarios. Estos pueden responder a la opinión o entrada de cualquiera, sin importar el momento en el que la "tesis" a comentar o criticar fuera hecha. En el debate "cara a cara", a veces ocurre que, por seguir el turno de palabra, algunos, cuando van a responder a una opinión que alguien había hecho bastante tiempo atrás, se queda sin argumentos, bien porque el tema ya se había quedado obsoleto; bien porque otros habían argumentado en el mismo sentido. En el debate "on line", el tiempo, por un lado, queda como detenido, y por otro, no tiene límites (el debate puede mantenerse mientras no se "sature" ni se agote). Sin lugar a dudas, la conversación sigue un ritmo, las preguntas y las respuestas se van encadenando y puede verse la estructura del discurso, el total de la conversación. La diferencia está en que las palabras quedan "a mano" de cualquiera y éste puede, en cualquier momento, retomar la pregunta inicial o el comentario de un compañero para iniciar otro hilo argumentativo, sin la sensación de estar discutiendo un tema que hace ya mucho tiempo se dejó de hablar. Su respuesta se situará al final del foro (así, no podrá obviarse por ningún usuario) pero en línea vertical (anidada) con el comentario que ha deseado criticar, enmendar o rebatir. La visión final del foro es la de una serie de textos, en la que se señala el nombre del usuario, la fecha y hora de su publicación y su comentario, escalonados. Si alguno desea comentar algo del principio, su intervención "romperá" esa imagen de "escalera" que habrían ido formando las demás opiniones, situándose justo en línea vertical del comentario citado.

El diálogo “cara a cara” comienza con una pregunta (¿existe el destino?) y en su respuesta se van abriendo nuevos temas (o subtemas), pero sólo uno se puede mantener a la vez y uno sólo llega al final (la imagen, esta vez, puede ser la de un río sin afluentes pero sinuoso o un árbol sin ramas pero con multitud de “nudos”, de temas que empezaron pero no continuaron). El diálogo “on line”, empero, es capaz de mantener todos los caminos (todos los afluentes, todas las ramas) abiertos, en él es posible desarrollar un tema principal (¿existe el destino?) a la vez que vamos creando y desgajando subtemas (y si existiera, ¿nos gustaría conocerlo?).

A primera vista, el registro de las entradas incluye dos ventajas más. La primera es la opción de poder entrar en el debate cuando uno quiera. Dado que se “levanta acta” a la vez que opinamos, no tenemos la obligación de asistir al debate desde su inicio: basta con leer todo y tendrás la idea exacta de lo que ha ocurrido en dicho debate. Los inconvenientes de los medios de comunicación indirectos<sup>7</sup> se transforman, en nuestro caso, en virtud: no hay miradas cómplices, ni opiniones con sarcasmo, ni tonos que han de interpretarse... Todo lo que el “polemista” quiere expresar lo ha de dejar por escrito, incluso las miradas cómplices, el sarcasmo y los distintos tonos que quiera darle. El lector, por su parte, tiene en su pantalla todos estos matices. La segunda virtud de quedar todo registrado es la evidente comodidad para el investigador en el manejo de la información: siempre actualizada, ordenada y archivada para su uso; todas las notas ya mecanografiadas, los diálogos transcritos exactamente como los participantes lo expresaron.

No quiero dejar de destacar, por último, que la magia del “cara a cara” no se mantiene en el foro (ni aún instalando webcams). La riqueza implícita al diálogo en vivo nunca podrá ser sustituida en el diálogo virtual. Antes hablábamos de las miradas, los guiños, los distintos tonos y colores con los que decoramos nuestro discurso; éstos aún están lejos de ser alcanzados por el chat entre internautas. En general, es el rostro del otro el que se echa de menos en el foro. Primero perdimos las historias (los relatos) de los que están lejos, a pesar de vivir en la era de la información; y ahora abandonamos los rostros de los que están cerca, a pesar de vivir en la era de la imagen. Las historias de los que viven en otros mundos (el tercero y el cuarto, fundamentalmente) quedaron arrinconadas en los titulares de prensa y en los datos estadísticos (¿cuántas historias muertas llevamos en Irak?, ¿quién no se acostumbró ya a ver y oír noticias sobre muertes, hambrunas, violaciones...?, ¿cuánto dura la conmoción que nos produce?). Los rostros de los que tenemos al lado se transformaron en avatares, en personalidades virtuales, en emoticonos, en nicks y alias...

Un último apunte. A veces, los que se dedican a la filosofía (e incluso, a la teología) analizan y describen tendencias, definen creencias e ideas, olvidando acercarse a aquellos que piensan y creen cotidianamente, en un mundo que se sitúa fuera de lo académico. Asomarse a un foro, a un blog o a una clase de filosofía (o de religión) y presenciar en directo sus opiniones es, en ocasiones, más instructivo que leer el último

---

<sup>7</sup> Es decir, los “mediados”, los que ponen una determinada distancia entre los hablantes, en nuestro caso el ordenador.

ensayo del eminente sociólogo (o teólogo) de turno. Hacer las dos cosas (asomarse a la realidad y al libro que la describe) es lo único que nos puede ayudar a mantener los pies en el suelo, sin alejarse demasiado de la realidad, en la tarea de pensar. Y esa es nuestra pregunta inicial: ¿qué podemos aprender de las nuevas espiritualidades en este foro?

### 3. La espiritualidad del destino

De este foro sobre el destino podemos extraer, en principio, dos notas sobre la espiritualidad de nuestros jóvenes: ellos prefieren lo “difuso” a lo real y personal, al menos en cuanto a “realidad trascendente” se refiere; y necesitan, ante tanta oferta de sentido, un navegador que no se equivoque, que les asegure que no está errando el camino. El destino cumple bien estas dos funciones.

Ante el “sino” solo caben dos opciones: o resignarse o luchar contra él. Y, de hecho, da igual lo que elijas, pues siempre acabarás atrapado. Es la esencia de la tragedia: tener solo dos alternativas que te conducen al mismo lugar. Para el griego clásico, el destino era cosa de dioses. Para Murakami es una “cuestión interior”. El destino es tu tuétano. Para el griego, los grandes héroes luchaban contra él, pues no se resistían a dejar de ser dueños de su futuro; y los sabios lo aceptaban con la entereza que da el saber que lo que está escrito no puede cambiarse. Murakami nos sugiere aceptarlo, apretar los dientes y cruzar el destino como se cruza una tormenta de arena: con los ojos y la boca bien cerrados. El destino es algo que se debe soportar, aunque seas tú mismo.

Los jóvenes no son griegos ni Murakami, aunque estén de acuerdo con él en que en el interior (más que en las estrellas) es donde está instalado el “fatum”. Algunos a esto lo han llamado “nuestra naturaleza”, afirmando que ya, en el nacimiento, venimos señalados para lo que “valemós”<sup>8</sup>. Pero creen en el destino, no tanto con una fe fuerte y comprometida sino porque les da la seguridad de que van al sitio correcto. Elijan lo que elijan, siempre acertarán: estaba escrito. Prefieren esa forma de esclavitud que consiste en no ser el dueño de tu propio tiempo. Los que creen en el destino anulan su libertad de elección (ya está escrita) y, por consiguiente, el dominio que tienen sobre su futuro. En principio, esta falta nunca es bienvenida porque no es deseable: o te rebelas como el héroe o te resignas como el sabio. ¿O sí lo es? Retomando los términos de Bauman, podríamos decir que ha surgido en nuestra sociedad una *espiritualidad líquida*, que no precisa de *agarres metafísicos* firmes, que no compromete (ni moral ni *trascendentemente*) al creyente, que puede centrarse en sí mismo y que no le remite a ninguna institución que dirija y gobierne su fe. Y el destino se amolda perfectamente a cada una de estas exigencias. La creencia en el destino es un ejemplo de esta espiritualidad líquida. Valga el siguiente ejemplo. En un trabajo de metafísica, Marta O. escribió: “*En primer lugar, pienso que todos estamos en la vida para «algo», no simplemente para vivir y punto, sino que somos como experimentos de «alguien» que*

<sup>8</sup> En un debate sobre la vocación, ante la pregunta de si se es más auténtico cuanto más cerca estamos de lo que soñamos de nosotros mismos, algunos alumnos defendían que la autenticidad consistía en asumir lo que la naturaleza nos había dado y parecerse a lo que uno de hecho es (o viene determinado, sea bueno o malo, te guste o no). Un planteamiento, por otra parte, de lo más estoico.



*está por encima de nosotros y que nos da una función para ver qué tal le va a cada uno con su «misión». Esta «misión» debe ser guiada por «algo» (pautas, leyes, etc.), ahí es donde entra, para mí, el destino; si hay una «misión» que realizar, ese «alguien» no puede vigilar a todos los seres humanos a la vez, así es que tiene que poner unas guías para que se mueva nuestra vida y no salgamos de esa «misión». Por ello, pienso que todo se rige por su destino que guía todo lo que hacemos, que todo está predestinado y que aunque elijas un camino u otro ese camino que elegirías ya estaba escrito que lo ibas a escoger”.*

Es un buen resumen del “sentir espiritual” de algunos adolescentes que viven en unas ‘creencias’ y ‘opiniones’ llenas de “algo” y de “alguien”, dejando en suspenso cualquier concreción sobre su mundo de lo trascendente. Tal vez no crean en el destino, ni en un Dios Providencial; de hecho, una buena parte no cree en ningún ser superior y personal. La imprecisión del “algo” y del “alguien” les permite vivir en un universo de creencias lo suficientemente holgado como para no sentirse atados ni comprometidos con nada ni nadie, sin tradiciones ni obligaciones morales. Mañana volverá la moda de Jesucristo Superstar<sup>9</sup> y todos creerán de nuevo en la resurrección (posiblemente no tan psicodélica, quizá más techno o urban). Pero esta nueva espiritualidad, entre las que se cuenta el destino, por imprecisa y descomprometida que sea, cumple algunas funciones que nos son bastante útiles. El destino de Marta no solo logra contener su vida “líquida”, una vida en continuo cambio, “precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante”<sup>10</sup>; ofreciéndole una explicación sugerente y atractiva, sino también la llena de sentido, en cuanto consigue dotarle de una “misión”, determinada por “alguien”. Pero no sabemos cuál es la “misión” ni “quién” es ese alguien que la ha escrito. Y en parte, nos gusta que esto sea así. De este modo, el misterio queda reinstalado en nuestras vidas, nuestro mundo queda “reencantado” y nos libramos de un problema filosófico-teológico importante. Todo esto forma el sustrato suficiente para abonar la tierra para la llegada de nuevas espiritualidades, las nuevas formas de comprender y entender nuestro mundo, interior y exterior, y nuestro lugar en él.

En la era de la tecnología (el mp3, el mp4, la banda ancha, las conexiones internacionales vía Internet y los cientos de gadgets que inundan los mercados y llenan nuestros bolsillos) el destino parece tener la misma fuerza. ¿Por qué? En la vida, no queremos perdernos. La palabra clave en las nuevas tecnologías de lo cotidiano es “navegación”. No es sólo lo que hacemos en la red. Los sistemas de navegación tienen la misma popularidad que el ordenador portátil: el GPS y su homólogo europeo, *Galileo*, llegan a nuestros automóviles, bolsillos y móviles en multitud de formatos. Lo importante es no perderse en el viaje, no dar pie a la aventura, a la intuición. No queremos arriesgar y preferimos no leer e interpretar el mapa: el navegador nos dice dónde girar, parar y volver, cuál es el camino más rápido y el más hermoso e incluso el consumo que supone uno y otro. Del mismo modo, tampoco queremos mapas éticos para la vida. Preferimos navegadores, expertos terapeutas y gurús que nos vayan indicando el camino exacto, para no arriesgar.

<sup>9</sup> Se reestrenó en España el 20 de septiembre de 2007.

<sup>10</sup> Z. BAUMAN, *Vida líquida*, Barcelona 2006, 10.



El destino de nuestros jóvenes no es más que uno de los muchos navegadores que surgen en forma de “nuevas espiritualidades”, que fueron, en parte, anuladas por la secularización y el desencanto. Más tarde, y frente al vacío del materialismo, el mundo se reencanta y rebusca nuevas formas de trascendencia y espiritualidad. En nuestra sociedad, el cristianismo se había reducido a una cuestión moral o simplemente tradicional y cultural (bodas, bautizos, comuniones y sepelios). Y ahí parece haberse quedado: para un alto porcentaje de los jóvenes de nuestro país, la Iglesia no tiene nada importante que decir para sus vidas, como tampoco los políticos. Los hombres que buscan nuevas formas de espiritualidad, las encuentran en las metafísicas orientales, que se van occidentalizando, logrando unir grandes corrientes religiosas, místicas y de pensamiento. El cristianismo había olvidado su dimensión más mística y ahora puede estar buscando el modo de recuperarla. De hecho, usa la ola de espiritualidad oriental para facilitar el encuentro con el Dios Personal Cristiano. Según Bernard Rérolle, sacerdote marista, “este fundamento silencioso (se refiere a la meditación y al yoga tan de moda) permite aproximarse a un silencio interior y alcanzar una verdadera profundidad, una oración que no sea simplemente un gemido de la conciencia infeliz, sino una mirada en profundidad hacia la profundidad de Dios, el misterio de la divino”<sup>11</sup>. El occidental está en búsqueda del sabor interior de lo divino.

Y todo esto acontece en un marco ya anunciado por Kierkegaard en el XIX: la “liquidación del mundo de las ideas” y la venta del mismo “a los precios más irrisorios”<sup>12</sup>. Giddens y Taylor, junto con otros muchos pensadores (Bauman, Sennett, Lenoir...) nos mostrarán un mundo en el que los horizontes de sentido y los marcos tradicionales de referencia han desaparecido o se han transformado. Es la liquidación de las religiones e ideologías, el fin de los grandes relatos. Estos grandes sistemas (complejos sistemas de navegación) se han fragmentado y ahora, en el supermercado de los sentidos, se pueden adquirir, a precios bajos, por separado o en forma de kits metafísicos. Eso explica que los kioscos estén llenos de revistas y publicaciones de psicología, budismo, meditación zen y técnicas Osho de encuentro con uno mismo. Y el resurgimiento de nuevos gurús y chamanes, muchos de ellos con la profesión de terapeutas del yo o egoterapeutas. La nueva espiritualidad, en su esencia individualista y colindante con el narcisismo, transforma muchos de los elementos de las viejas religiones. La causa es sencilla: las nuevas religiosidades surgen de una necesidad de sentido y de horizonte, tratando de suplir la falta de un proyecto personal más que establecer una relación con el “Otro Trascendente”.

El foro presenta solapadamente el problema. Los alumnos que escuchaban la clase sobre Heidegger negaban el horizonte de posibilidad. Niegan así todo horizonte. A su vez, lo sustituyen por una creencia casi religiosa: la “predestinación”. El destino, en principio, no es un horizonte al que tender pero sí un marco de significado. Junto al destino surge la fe en “el tiempo, que todo lo pone en su sitio”. Un tiempo que sale “mistificado”, casi trascendente y religioso. Un tiempo que es providencia. Reaparece, de este modo, el horizonte, pero no como posibilidad, sino como necesidad (fatum).

<sup>11</sup> F. LENOIR, *Las metamorfosis de Dios. La nueva espiritualidad occidental*, Madrid 2005, 257.

<sup>12</sup> S. KIERKEGAARD, *Temor y temblor*, Barcelona 1992, 21

La fe en el destino es la forma que unos alumnos han elegido para hacer ese viaje de vuelta al horizonte y que podemos observar en un foro creado por ellos mismos. Este ensayo es una reflexión a partir de él. Vamos a intentar describir el sentir espiritual de este grupo de jóvenes en su contexto más general. A primera vista, sólo hablan del destino y de la libertad, del tiempo que todo lo coloca en su sitio y de la interpretación que damos a lo que nos ocurre. Nosotros hemos querido ir más allá, descubrir cuáles son las creencias, circunstancias y contextos que sostienen y permiten tener estas opiniones. Hemos analizado el escaparate de creencias expuesto en el foro para intentar adivinar lo que se cuece y lo que se almacena en la trastienda. El foro toca elementos claves para entender cómo las nuevas religiosidades transforman el modo de concebir nuestras vidas que quieren ser auténticas. Intentar describir todo esto desde una sola especialidad es una tarea imposible y absurda, condenada a la miopía. Una realidad tan *poliédrica* como es la antropológica necesita de multitud de perspectivas para poder acceder a una mínima comprensión. Este ensayo se mueve, por tanto, en un ámbito multidisciplinar, a saltos entre la sociología, la filosofía y la teología.

Añadir, por último, una aclaración de forma. En el estudio sociológico y filosófico, es difícil moverse entre las distintas terminologías. En nuestro caso, el mayor escollo lo hemos encontrado en la denominación de nuestro momento actual: Lyotard y otros muchos hablan de posmodernidad y Giddens y algunos de sus seguidores de sociedad moderna postradicional. Tras estos términos, se esconden dos modos completamente distintos y, en ocasiones, antagónicos de entender la sociedad actual. Quedarse con uno de los dos términos es casarse con un paradigma, un sistema de pensamiento completo que dirige el resto del pensamiento.

Entrar en el debate posmodernidad-modernidad postradicional es un tema de ensayo en sí mismo. Nosotros no hemos querido hacer referencia al mismo. Dado que estamos hablando del presente (que solo hay uno) y no de cómo éste se interpreta (las lecturas son múltiples), hemos optado por quedarnos con los dos términos. Elegir uno habría supuesto tener que levantar acta del por qué de la elección y nos habría desviado demasiado del tema principal. Usaremos uno u otro según el autor. En general, lo usaremos como sinónimos, un acto que hará a muchos llevarse las manos a la cabeza. Pero tenemos las cosas claras: ni son sinónimos ni este ensayo trata de resolver este problema.

#### 4. Las categorías del *destino*

Ciento siete opiniones dan para mucho. Por separado, evidentemente, no valdrían nada. Pero este centenar de opiniones desarrolladas en un largo diálogo logran ofrecernos una idea más o menos clara de lo que los jóvenes piensan acerca del destino en particular y nos ofrecen pistas válidas para acercarnos a lo que nos interesa, a las nuevas espiritualidades que están surgiendo. Sus opiniones son, a menudo, complejas (Carlos L.R. logra, incluso, subdividir el destino en dos categorías: a corto plazo, que existe según él, y a largo plazo, en el que no cree); otras son tremendamente simples. En ocasiones, parecen llegar a callejones sin salida (Javier P. B. plantea lo siguiente: ¿sí

*encontrásemos la verdad nuestro destino cambiaría o simplemente si encontrásemos la verdad es porque está dentro de nuestro destino?*). Poder analizar el desarrollo del diálogo, con todos estos matices, viendo cómo en él se va forjando las ideas, es otro aporte más del diálogo a nuestro deseo de comprender<sup>13</sup>.

Del análisis de este foro y de algunas notas tomadas durante los debates en clase o elaboración de trabajos, detectamos tres posturas principales frente al destino: los que creen en él (a los que llamaremos “crédulos”); los que dudan de él, pero sienten que todo ocurre por algo (denominados los “creyentes del algo”); y, por último, los que lo niegan categóricamente (a los que asignaremos, por oposición, el título de “incrédulos”).

Para refrendar este análisis, tal vez sería necesario presentar el tema en nuevos foros, con jóvenes de otros Centros Educativos, con otras edades, distintas condiciones sociales, familiares... Pero, para nuestra reflexión filosófica nos basta esta muestra. De nuevo insistimos en que éste no pretende ser un estudio científico sostenido por pruebas empíricas y minuciosos análisis de datos tomados a partir de determinados criterios estadísticos. Es una reflexión filosófica, sociológica y en ocasiones teológica a partir de un diálogo real, que pretende desvelar una parte del sistema de creencias de estos jóvenes.

Evidentemente, no son categorías absolutas. Algunos de los jóvenes pueden pertenecer a dos de las tres categorías debido a la fluctuación de sus ideas, a la imprecisión de sus opiniones o al “espíritu posmoderno” que es capaz de mantenernos plácidamente en diversas posiciones sin ningún tipo de prejuicio ni perjuicio de contradicción interna. Hay “crédulos” que también creen en “algo” y algunos de los que “creen en algo”, mantienen la firme postura de defensa de la libertad propia de los “incrédulos”. Así, tenemos a Marta O.C. que nos relata que *“todo ocurre por algo, pero bueno, yo creo que si te pasan las cosas buenas o malas es por algo, para hacerte más fuerte, para reflexionar la próxima vez bien las cosas antes de hacerlas... Por otra parte, también estoy de acuerdo con Curro, además, siempre he creído en el destino”*<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Jorge Wagensberg presenta a la cafetería de una facultad como uno de los ejes claves del desarrollo científico –el otro es la biblioteca y el tercero, las clases–, el lugar donde se mantienen las más fructíferas conversaciones (J. WAGENSBERG, *El gozo intelectual*, Barcelona 2007, 52). Por otra parte, Amy Gutmann, en el prólogo al ensayo de Charles Taylor *Multiculturalismo y la política del reconocimiento*, señala el papel de la universidad como un foro de diálogo permanente sobre las principales cuestiones éticas (C. TAYLOR, *Multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Madrid 2001, 19). Y por citar a algunos de nuestros clásicos, Platón no hacía otra cosa que poner en diálogo a sus personajes (la filosofía nació en forma dialogada). En definitiva, dialogar y observar/estudiar los diálogos es una herramienta más que útil para la investigación filosófica. Herramienta, por otra parte, bastante usada por los sociólogos y que los filósofos deberían proponerse recuperar más seriamente.

<sup>14</sup> Durante este ensayo, editaré los comentarios literales de los jóvenes en “*cursiva entrecomillado*”. Además, he corregido la redacción de los alumnos y alumnas, enmendando faltas de ortografía, escribiendo correctamente las abreviaturas usadas por ellos, modificando ligeramente la expresión (sobre todo añadiendo comas y entrecomillados), para hacer más fácil e inteligible la lectura de sus opiniones. Valga como ejemplo de corrección el texto de Marta O.C. que acabo de citar en su redacción original: *“Pienso k todo ocurre x una razón (frase muy repetida en este foro 😊) xo bueno yo creo k si te pasan las cosas buenas o malas es por algo, xa acerte mas fuerte, para reflexionar la proxima vez bien las cosas antes de acerlas, etc etc(de acuerdo cn Mary). X otra parte tmb sty d acuerdo cn Curro, ademas simpre he creído en el dstino”*.

Pero en orden de hacer más parsimoniosa nuestra reflexión, dejaremos por el momento estas complejas interacciones y analizaremos estas tres “categorías del destino” como si fueran posturas “perfectas”, tipos “ideales”.

#### 4.1. Los crédulos

*“El destino no se amolda a nuestros actos, somos nosotros los que nos amoldamos al destino; porque al estar escrito nos modifica a nosotros, no nosotros a él”* (Curro A. M.)...o como decía Séneca: el que no se deja llevar por el destino es arrastrado por él.

Llamar “crédulos” a este grupo de jóvenes puede sonar mal y llevarnos a confusión. Esta palabra ha llegado a convertirse incluso en un insulto, sinónimo de ingenuo en su peor acepción. Nosotros la usamos para designar a los alumnos y alumnas que “creen” en el destino. No los llamamos “creyentes” pues las connotaciones que este término tiene son mucho mayores. El “creyente” lo suele ser de un dios. Nuestro “crédulo” no tiene por qué creer en ningún ser trascendente o superior y en este sentido, algunos de ellos no son religiosos.

De hecho, nuestros “crédulos” son, más bien, escépticos. Su postura ante el destino nace de una incredulidad: la libertad no existe. Dado que el destino es el elemento central y la creencia en él o no es lo que está definiendo nuestras categorías, hemos optado por llamarlos así. Pero sería un error, siguiendo el uso que se le suele dar al término, imaginarnos a los miembros de este grupo como cándidos ingenuos que se creen con suma facilidad cualquier cosa. Más bien resulta al contrario: ellos son los escépticos que señalan con el dedo al resto del grupo, acusándolos de idealistas inocentes al pensar que es el ser humano, libre en su esencia, el dueño de su propia existencia. El sector duro de los “crédulos” del destino lo son porque no se “*tragan*” que podamos dominar lo que nos ocurre: son los incrédulos de la libertad. Por supuesto, también tenemos un sector blando de crédulos, más romántico, que creen en el destino porque es “mágico y misterioso” hacerlo. Pero en el diálogo que aquí analizamos, este sector blando se reduce a una o dos personas. El sector duro, con Curro A. M. a la cabeza, es el que más adeptos concentra en sus filas.

El comentario de Curro A.M. que citamos al principio resume bastante bien las posturas de este grupo. Su aportación surge ante la tesis de María B.M. en la que plantea que el destino nos lo vamos “*creando nosotros mismos*”. Ella llega a plantear que es cierto que tenemos un destino (sugiere, más bien, que todos tenemos una meta –la muerte, dirá más adelante– un lugar al que llegar, un planteamiento, por cierto, de lo más heideggeriano), pero que éste va “*modificándose*” con cada una de las opciones o elecciones que tomamos en nuestro quehacer diario. Curro A.M. es tajante: “*somos nosotros los que nos amoldamos frente a él y no al contrario*”. Otro de sus compañeros resalta aún más la idea: lo que decimos y hacemos en nuestro ser cotidiano son “*palabras impuestas*” por el propio destino.

Para este grupo, todo está “escrito” de alguna manera, hasta la más mínima decisión. Las dudas que, de manera natural, se desprenden de esta opinión son muchas: si todo está escrito, ¿quién escribe?, ¿dónde?, ¿por qué escribe tal cosa y no otra?, ¿cómo conocer lo que escribe?, ¿dónde está nuestra libertad?, ¿es posible cambiar lo que ya está escrito? Los “incrédulos”, que para este grupo del que nos ocupamos, son los “ingenuos de la libertad”, se resisten a creer que la vida esté sometida a un control exhaustivo. Pero el “crédulo” lo tiene claro: “*están todas las opciones en nuestras manos*”, parecen decir a los que creen ser libres, “*pero la que vamos a elegir ya está escrita*”. Acaban, de esta manera, denunciando el espejismo de la libertad. Creer en esta fantasía es legítimo, nos dicen, pero no deja de ser una mentira.

Ni siquiera admiten, en el decurso de nuestra historia personal, una mínima cabida al azar, como defienden los “creyentes del algo”: “*las casualidades no existen*”, “*todo está programado*”, hasta la más absoluta y nimia circunstancia o eventualidad. El escribano que redactó nuestro relato, por mandato de algún ser superior o por su exclusivo interés, no dejó ningún “fleco” suelto, ningún hilo sin coser, logró empeñarse a fondo para escribir la historia hasta el más mínimo detalle, por muy banal que fuera. Que no veamos lo que “*viene después de cualquier percance supuestamente casual*” no significa que éste lo sea, que no haya ocurrido porque así estaba determinado y sea fruto del azar. No saberlo es solo una muestra más de nuestra ignorancia. Aquí surgen las dos grandes cuestiones que sobre el destino ellos plantean: si es posible conocerlo y si, una vez conocido, es posible cambiarlo.

Sobre la primera cuestión, no hay una respuesta clara y uniforme: digamos, para resumir las respuestas, que es posible acercarse más o menos claramente a su conocimiento, pero siempre en aspectos muy generales y nunca con un conocimiento absoluto y definitivo. Esto es lo que persiguen el tarot, la astrología, la quiromancia... Darnos una idea general de nuestro destino, pero nunca exacta. Alguno, de la rama de Ciencias, durante un debate en clase, llegó a proponer que, tal vez, en el futuro, se desarrolle “*la tecnología adecuada para poder averiguar nuestro destino*”<sup>15</sup>, un sentir propio de cualquier pensador ilustrado, al estilo del matemático de Laplace. Pero en general, podría resumirse la opinión de este grupo en que el futuro se adivina (con los consecuentes posibles errores) pero no se conoce.

Pero supongamos que la tecnología propuesta por el alumno se lograra construir. Una vez conocido nuestro destino, ¿podría modificarse? Esta segunda cuestión, al contrario que la primera, no genera ningún tipo de duda: “*el destino es inmodificable*”. La tragedia griega nos mostró que, por mucho que luchemos contra nuestro “*fatum*”, por mucho que queramos imponer nuestra libertad a la necesidad de que se cumpla lo predestinado, esta lucha es siempre inútil y suele tener desenlaces “*fatales*”. Si no, basta con echar un vistazo a la historia de Layo, padre de Edipo, que al conocer su destino de ser destronado por su propio hijo, decidió zafarse de él, abandonando al vástago. Así

<sup>15</sup> La confianza en las ciencias y la tecnología y en su progreso infinito son enormes. Para los jóvenes, éstas lo resolverán todo.

creyó esquivar al destino y reescribir su sino. Es mejor, en estos casos, emular a Héctor que, conociendo (o intuyendo, por los consejos de Apolo que lo saca del combate repetidamente) anticipadamente su derrota frente al magnífico e invencible Aquiles, decidió seguir adelante<sup>16</sup>.

Para ser completamente honestos, nuestros colocutores no participan del fatalismo de Layo ni de la heroicidad de Héctor. Viven en una resignación “soft”, al más estilo posmoderno dibujado por Lipovetsky. No hay frustración ni rencor en este acatamiento del fatum. No es una admirable actitud estoica la que lleva a aceptar “lo dado” como irreversible e inmodificable. Es un cierto conformismo abúlico el que les lleva a admitir que, siendo cierto que no son dueños de ni una sola de sus decisiones, esto no les supone ningún tipo de conflicto ético o moral. Y si lo hay, queda en “sordina”, al más puro estilo “chill out”. Ni Héctor ni Layo, sino Ana P.P.<sup>17</sup>, cuya tesis es que “*si planeas las cosas, no te salen*”; por ello, “*es mejor no planear nada y tu meta es el destino*”. Ni luchar ni desembarazarse del mochuelo: dejarse llevar sin preocupaciones ni angustias, pues al final llegas al mismo punto.

Otra cuestión importante que se le plantea a este grupo es quién escribe las vidas de los hombres y las mujeres. Y en la respuesta a esta cuestión tampoco hay acuerdo. En general, hablan de Dios, pero tampoco lo tienen muy claro. Es más, Dios sale a colación en cuanto es el primer ser superior y trascendente a nuestra humanidad que se les pasa por la cabeza. Posiblemente es el único que conocen. Pero para ellos, su *autoría* no es una cuestión definitiva. “Algo” o “alguien” es el causante de esto; quién sea este “algo/alguien” ya no les preocupa. De hecho, como diremos más tarde, si pudieran explicar que ese libro escrito apareció sin más, sin ninguna causa, no necesitarían a Dios. Pero no pueden pensar que algo no tenga “causa” (excepto Dios, en cuya realidad y misterio no entran). Así que se quedan con este Ser Supremo, pero no tienen ninguna intención de adorar y hacer reverencia al dios que escribe las historias. Aunque para ellos exista una Trascendencia, ni mucho menos se sienten “religados” a ella.

Así, creer en el destino no tiene nada que ver ni con actitudes mágicas, pues damos por hecho que no podemos manejarlo, cambiarlo ni modificarlo, por tanto es inútil intentar comprar o influir en la voluntad del Supremo Escribano con ritos, regalos o sacrificios; ni tampoco tiene relación con la religión, pues vivimos ajenos a la vida y existencia de ese ser superior, no existe vínculo con él y éste no tiene ninguna autoridad moral sobre nuestras personas. Simplemente, escribe nuestra historia.

Esta es la razón por la que algunos de ellos, en otros debates en clase, son capaces de negar la existencia de Dios o la Resurrección de Cristo por falta de pruebas

---

<sup>16</sup> En algunos autores he visto recogida esta forma de actuar como la más adecuada para la vida: a pesar de saber nuestro final –la muerte– conviene seguir luchando.

<sup>17</sup> Alumna de 4º ESO, aunque, por edad, debería estar en 2º de Bachillerato. Su comentario no pertenece al foro, que era exclusivo para alumnos de 1º de Bachillerato, sino a un debate originado en la clase de Ética sobre la *conveniencia de entender la vida como proyecto*.

empíricas, a la vez que defienden un destino con esa misma tarjeta de presentación: no tener pruebas empíricas. Lo primero es un engaño de la Iglesia. Lo segundo, el destino, es la causa evidente de nuestra falta de libertad y desconocer cómo leer lo ya escrito solo hace señalar nuestra ignorancia. Ni magia ni religión, la ciencia "arreglará", tarde o temprano, estos inconvenientes.

Existe un último comentario que hemos incluido en este apartado porque en el contexto en el que se escribió se estaba poniendo en duda y criticando a los que negaban la existencia del destino. Pero muy bien podría estar en la siguiente categoría, los que creen que todo ocurre por algo. De hecho, creemos que es la duda inicial, la pregunta de la cual el destino o la creencia en que todo ocurre por algo son dos posibles respuestas.

La inquietud la plantea María B.M. en los siguientes términos: "*Claro, pero es que... que por un detalle tan sin importancia se te pueda cambiar toda la vida da mucho que pensar...*". No es una pregunta retórica lanzada a los incrédulos. Es una desazón real, un misterio que exige una respuesta, el resumen de una angustia: la del por qué.

No deja de ser un auténtico misterio que "*un detalle sin importancia pueda cambiar tu vida*". Algunos historiadores recogen multitud de estos detalles sin importancia que detuvieron una guerra, imposibilitaron un matrimonio entre monarcas, impidieron una conquista<sup>18</sup>... en definitiva, detalles que cambiaron el decurso de la propia historia. Edward Carr habla del caso de "la nariz de Cleopatra", como el paradigma del peso de lo irrelevante en la historia: "el arcano de la nariz de Cleopatra (...) es la teoría según la cual la historia consiste en rasgos generales, en una serie de acontecimientos determinados por coincidencias fortuitas y tan solo atribuible a las causas más casuales"<sup>19</sup>. A María B.M., como a E. Carr, les sorprende cómo algo tan pequeño puede acarrear tantas consecuencias. María, por su parte, sugiere que hay algo de misterio en esta cuestión. Marta O.C. dirá que es el destino que, valiéndose de distintas "guías", como ciertas cuestiones sin importancia, logra llevarte al lugar al que, desde el principio, estabas llamado. Evidentemente, Carr no creía en este "determinismo" que los alumnos defienden, en ese "sentido" oculto que toda casualidad tiene. Para el historiador, el azar tiene su peso, pero no es excesivo. No es más que una interpretación de los hechos por parte de un sujeto, que decide, por cualquier motivo, interpretarlo como tal. Y eso es lo que hacen nuestros alumnos.

Todo esto resume bien los comentarios de los alumnos que afirman creer en la existencia del destino. Pero, centrándonos en lo que nos interesa, ¿cuál es "el mundo de creencias" que de él se desprende?

---

<sup>18</sup> Bayaceto no marchó sobre Europa por un ataque de gota; Alejandro de Grecia murió por el mordisco de un mono, desatando numerosos acontecimientos posteriores. (E. CARR, *¿Qué es la historia?*, Madrid 1983, 131 y ss.).

<sup>19</sup> E. CARR, *¿Qué es la historia?*, Madrid 1983, 131.



Según Carr, “el hombre ordinario cree que las acciones humanas tienen unas causas que en principio pueden descubrirse”<sup>20</sup>. Pero los jóvenes intentan ver más allá. Buscan un hilo conductor, un hilo *argumentativo* a sus acciones humanas. No quieren dejarlo al azar, ni tampoco encuentran una causa final que explique tal collage existencial, tantas acciones y momentos de su vida fragmentados. Quieren mantener el misterio y el orden global de sus vidas. Y el destino es una opción para conseguirlo, un modo de narrar coherentemente la propia existencia.

La vida, desde esta perspectiva, se “busca” o, mejor aún, se “adivina”. Al contrario de otras religiones, en la creencia del destino no existe una “llamada” explícita y directa, una “vocación” o “misión” que el ser trascendente pone en “tu corazón” (como en Abraham, Moisés, Mahoma, Elías, Jonás, Pablo...). Es cierto que estamos en este mundo para algo, con algún fin. Pero este fin no se encontrará en la voz de un ser trascendente, ni revelado en algún texto sagrado. Ha de hallarse en la vida de cada cual, en el repaso detallado de nuestros acontecimientos, nuestros pensamientos. Solo así, podríamos intuir hacia dónde nos lleva el destino. Encontrarse a sí mismo es, pues, encontrar esa vocación. Los que creen en el destino comienzan el viaje a la interioridad, propio de la nueva espiritualidad. Esto explica la inmensa cantidad de libros de autoayuda (egoterapéuticos) que pretenden ayudarnos a descubrir nuestro verdadero yo; encontrar nuestras auténticas virtudes, lo que el universo puso en nosotros antes de nacer<sup>21</sup>; hallar nuestra vocación. Todo se busca porque ya todo está dado. Nada se construye. El destino encaja bastante bien en esta aura egoterapéutica de búsquedas y encuentros con nuestro auténtico yo. El destino nos predispone a creer que todo está ya dado.

Algo en lo que están de acuerdo bastantes analistas de nuestra cultura es la pérdida del relato o, en concreto, del gran relato, según lo presentan Lyotard o Lipovetsky, entre otros. Giddens, por otro lado, afirma que no desaparece, sino se transforma. Es el llamado “efecto collage”<sup>22</sup>, una suerte de fragmentación del relato sin pérdida de sentido último de éste. Nosotros, por nuestra parte, creemos que, fragmentado o desaparecido, el relato de nuestra vida, la búsqueda de un argumento (sentido) último a nuestra historia ha perdido toda la fuerza que antes tenía. Sea por la pérdida de horizontes planteada por Taylor<sup>23</sup> o por la pérdida sin sustitución inmediata de las tradiciones que nos servían de marcos referenciales de sentido de la que habla Giddens, el hecho es que vivimos nuestra historia en pequeños actos (como en el teatro) de sentido que no se interrelacionan entre sí. La moral<sup>24</sup> que aplico en el instituto no tiene nada que ver con la que

<sup>20</sup> *Ibid.*, 128.

<sup>21</sup> Algo parecido dice Coelho en su famoso libro “El Alquimista”: “(...) cuando deseas con firmeza alguna cosa, es porque este deseo nació en el alma del Universo. Es tu misión en la Tierra”. (C. COELHO, *El Alquimista*, Barcelona 2008, 39).

<sup>22</sup> A. GIDDENS, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona 1998, 41.

<sup>23</sup> C. TAYLOR, *Fuentes del yo*, Barcelona 1996, 33.

<sup>24</sup> Entendida, en este caso, como el modo de llevar nuestra vida hacia nuestra propia felicidad en el respeto hacia los demás.

uso en el fin de semana. Pueden ser, de hecho, contradictorias. Pero estos actos estancos me permiten llevar dos morales sin sensación de incoherencia<sup>25</sup>. Mas es una necesidad humana vivir con un sentido: requerimos de un hilo argumentativo de los *relatos* que conforman nuestras vidas. ¿En qué queda este relato para los que creen en el destino?

Todos los miembros del grupo insisten en la existencia de un "libro" en el que está escrita nuestra historia. Nosotros somos un libro (somos, traduciéndolo a nuestra terminología, un "relato"). Pero, obviamente, desde la posición que ahora analizamos, no somos los dueños de dicho relato. Sin libertad ni voluntad sobre nuestras decisiones, a lo más que podemos llegar es a ser lectores privilegiados de nuestra propia novela, observadores de lo que nos ocurre de manera irremediable. El relato del que somos protagonistas tiene un argumento que nosotros desconocemos, del que solo podemos adivinar algunos capítulos o fragmentos. Pero poco más. Solo comprenderemos (solo daremos un sentido y significado a lo que hacemos y nos ocurre) la historia al final, cuando el relato haya llegado a su fin<sup>26</sup>. Feuerbach insistiría en que esta creencia en el destino es sin duda una religión, en cuanto aliena nuestro ser, nuestra humanidad: somos extraños a nuestra propia historia.

#### 4.2. Los creyentes del "algo"

*"Las cosas ocurren por algo... lo que no sé es qué significa exactamente eso..."* (María B.M.). Esta sentencia resume con bastante precisión el sentir de los miembros de su categoría. De hecho, poco más se podría añadir sobre los comentarios de esta postura, posiblemente la que más adeptos tiene (pues reúne miembros de las otras dos). Los comentarios no se desvían de ese *"algo por el que ocurren las cosas"*, del que todo el foro está regado, sin saber, como explica María B.M. cómo ni por qué ese *"algo"* entra en nuestras vidas. El dios posmoderno es impreciso y difuso, nunca se llega a determinar.

Como dijimos anteriormente, muchas de las opiniones reunidas en esta categoría podrían incluirse en las otras dos: en ella encontramos, por un lado, creyentes del destino (ya hablamos del caso de Marta O.C.: *"pienso que todo ocurre por una razón (...), por otra parte, también estoy de acuerdo con Curro, además, siempre he creído en el destino"*) y otros que lo niegan de forma tajante (*"el destino como ese 'libro escrito' de nuestra vida por el cual estamos predestinados a todo lo que nos pasa, no existe, pero sí creo que las cosas ocurren por algo"*, es la postura ya citada de María B.M.). Esto se debe a que

<sup>25</sup> Posiblemente esto no solo se deba a la doble moral que la mayoría tenemos, sino al fuerte divorcio existente entre las instituciones educativas y el mundo real. No es la hipocresía la que lleva a los jóvenes estudiantes a vivir esa doble moral. Es que, de hecho, las exigencias, los problemas y las herramientas (morales, entre otras) que damos para superarlas en los Centros Educativos no tienen su correspondencia fuera de sus muros. Pero, de nuevo, éste sería un tema para otro estudio.

<sup>26</sup> Muchas narraciones y novelas actuales siguen ese patrón. Y el cine también se ha contagiado: *Pulp Fiction* (1994) de Quentin Tarantino o *Siriana* (2005) de George Clooney (hay muchos más ejemplos) cuentan sus historias fragmentariamente, sin aparente conexión entre una escena y otra. Solo al final de las películas, logramos encajar todas las piezas y comprender el hilo argumental.

creer o no creer en el destino no es incompatible con creer que existen razones por las cuales las “*cosas ocurren*”. María B.M., que lleva el peso de la defensa de esta postura, lo refleja bastante bien en la cita anterior: no está toda nuestra historia ya cerrada, pero sí existe una especie de “voluntad ajena y difusa” que permite que nos pasen determinados hechos que, en un momento dado, nos hagan “*crecer, madurar...*”.

Los defensores de la no existencia del destino de nuevo barrerían a preguntas a estos “creyentes del algo”: ¿quién da sentido a lo que nos ocurre?, ¿quién hace que nos pasen determinadas cosas?, ¿cómo puede compaginarse que “*todo no esté escrito pero que todo pase por algo*”? ¿El significado de lo que nos ocurre, dónde está recogido? Posiblemente, esto es lo que María B.M. “*no sabe exactamente cómo explicar*” (aunque ella tenga claro que la razón no la hallamos en el destino).

Para muchos de ellos, el “tiempo” (la historia<sup>27</sup>) juega el papel del destino en esta labor de “*poner cada cosa en su sitio*”. No hay nada escrito, nuestra vida puede dar muchos giros y cambios, pero, “*al final, el tiempo, pone a cada uno en su lugar*”. En cierto modo, no deja de ser una forma de destino y puede incluso tomar el papel de “ser trascendente”. Esta función del tiempo logra llevar la realidad y a las personas que en ella habitan a lo que están llamadas a ser, como ellos repiten, “*las ponen en su sitio*”, lo que supone que estas “*cosas*” tienen un lugar “destinado y predeterminado”.

Y del mismo modo que en la primera categoría, nos topamos con una cita que parece que es la que da el paso a la siguiente postura. Un *post* que, más que introducir una idea, lo que incorpora es otra inquietud, parecida al comentario final del grupo anterior<sup>28</sup>: “*(...) porque nos cuesta pensar que muchas cosas ocurren si no es por obra del destino*”.

¿Por qué nos ocurren determinados hechos precisamente a nosotros? ¿Por qué no le tocó a otro? ¿Qué explicación podemos encontrar a un accidente, una enfermedad, una muerte... cuando no la tiene? Como ya hemos observado, el ser humano necesita esa explicación para continuar viviendo. Necesitamos un sentido y un significado. ¿Y qué ocurre cuando no se encuentra? Cuando no lo tiene, lo inventa. Ya sabemos que vale más una mala explicación que ninguna explicación. Por eso, “*nos cuesta pensar que muchas cosas puedan ocurrir si no es por obra del destino*”.

Late en este comentario una fuerte crítica al destino: es una invención humana, una explicación que aplaca nuestro malestar, nuestra angustia ante la falta de sentido (de absurdo) que tienen determinados hechos. Este mismo comentario concluye afirmando que “*tú tienes tu vida en tu mano, tú y solo tú eres dueño de ella*”. ¿Por qué no incluirla en la siguiente categoría? Por dos razones:

En primer lugar, por la persona que hizo tal afirmación, María B.M. Sus comentarios durante todo el foro apuntan a esa “creencia en algo”, más que a no creer

<sup>27</sup> La Historia está determinada. Siguiendo con Carr, para él esta es la *perversidad de Hegel*.

<sup>28</sup> “*Que por un detalle tan sin importancia se te cambie toda la vida, da mucho que pensar*”.

en nada. Y, en segundo lugar, porque, en esa misma cita en la que se tacha al destino de ilusión o invención humana, se vuelve a afirmar que *“el tiempo tiende a equilibrarlo todo”*. No cree en el destino pero sí en un “equilibrio natural” de la realidad (incluidas las personas), al que se llega con “el tiempo”. Al final, todos estamos donde nos corresponde, donde estamos *llamados* (¿determinados?) a estar. El tiempo es el juez de nuestra historia. Esa es la explicación de lo que nos ocurre, una explicación que encuentra sus razones en otros niveles de realidad y que, por tanto, son religiosos.

Las conclusiones a las que podemos llegar son muy parecidas a las del grupo anterior, si bien los matices por los que se diferencian son bastante importantes. Lo que llama más la atención es su “mantenimiento del misterio”. Los “crédulos” del destino hacen un tratamiento casi científico de éste. Para algunos, el tarot es la tecnología adecuada para leer ese destino escrito. Todo está oculto, es cierto, pero debido a la ignorancia del ser humano que aún no ha logrado dar con el conocimiento y la técnica precisos para desvelar ese libro en el que todo está escrito. Hace falta tiempo, seguir investigando para dar con él.

En cambio, nuestros “creyentes del algo” sí logran mantener ese halo de misterio de la realidad. Para ellos, que el tiempo *“ponga cada cosa en su sitio”* es un acto mágico. No saben por qué, pero el mundo *“funciona así”*, debiendo ser comprendido y aceptado casi como en un ejercicio místico. Además, todos sus post están llenos de conceptos como *algo, cosas, alguien y no sé muy bien por qué*, algo propio de las nuevas espiritualidades líquidas de trascendencia difusa. Pero no existe ningún esfuerzo destinado a precisar y definir *qué es ese algo, quién ese alguien y qué causas* explican los por qué. En algunos de los que defienden el destino sí se percibe ese interés. Para estos, los del destino, el *misterio* es ignorancia, un inconveniente a superar. Para los “creyentes del algo”, una realidad que hay que aceptar, que forma parte del mundo, su modo de funcionar. La razón queda desplazada por el misterio.

Además, volvemos a encontrar la metáfora de la novela, que nosotros hemos traducido por relato. ¿Quién lo escribe? Ya hemos visto que los crédulos del destino tienen claro que no somos los autores de nuestra vida. Para estos creyentes del *algo*, la autoría cambia. Existe más o menos unanimidad (ya dijimos que es un grupo muy heterogéneo) en pensar que el ser humano es dueño de su propio relato. El libro, dirá Javier P.B., existe, pero está en blanco. *“Nosotros somos el boli que escribe en él”*. La novela es nuestra.

Pero, ¿cómo termina esta historia? ¿Cómo se desarrolla el argumento para llegar al fin? Somos la mano que escribe, pero ¿quién conoce el argumento? El desenlace sólo lo sabe el “tiempo” que, repetimos, es el único que es capaz de colocar cada *“cosa en su sitio”*. Aunque nosotros escribamos nuestra propia novela, el “sentido” que ella tiene viene marcado por un agente exterior. Por tanto, somos dueños del relato pero no de su significado (sentido). Todo lo que nos ocurre, aunque no sepamos por qué nos ocurre, lleva implícita una interpretación (externa) que solo el tiempo sacará a flote. Es un *más allá* mundanizado, traído al más acá. En definitiva, secularizado. Una forma de Providencia Secularizada.

### 4.3. Los incrédulos

*“(...) es mejor vivir sin creer en el destino. Y dejar tu vida abierta a todas las posibilidades”.*  
Hugo C.P.

Estos dos grupos arriba descritos forman el grueso del foro, tanto en la cantidad de alumnos participantes como en la extensión de sus comentarios. Los “incrédulos” ante el destino iniciaron su participación mucho más tarde, casi al final, a excepción de un breve comentario de David W.R. El por qué de este tardío comienzo es algo que desconocemos. Tal vez, el tema no les interesaba lo suficiente y no participaron hasta que éste tomó cierta fuerza en la web de la asignatura y era comentado en clase. El debate, en otras palabras, se puso de moda durante un par de días: tal vez fue entonces cuando se acercaron y opinaron.

O puede ser que los que después resultaron ser los defensores del “no al destino” se enteraran tarde de este debate *on line*, o fueran espectadores en sus inicios y, hasta que no tuvieron argumentos para rebatir las ideas no “pisaron” el foro. Una última posibilidad es que, sin una idea clara sobre lo que pensar al respecto, no lograran definir su posición hasta el final. De un modo u otro, lo cierto es que, a pesar de llegar tarde, sus comentarios son contundentes y bastante extensos y son los primeros en sacar a colación, entre otras cosas, la responsabilidad ética y moral de lo que hacemos (en los grupos anteriores la discusión fue más *metafísica*).

Sus argumentos tienen todos una base común bastante clara: “*nosotros somos dueños*” de nuestra vida y de lo que hacemos, “*somos nosotros los que manejamos nuestro futuro*” (Verónica B.C.), “*no existe algo superior que nos obligue a tomar una decisión determinada*” (María G.B.). El que piense que en este grupo se encuentran los ateos y agnósticos de la clase, por no creer que la vida pertenezca solo a Dios y que sea Él el que nos va conduciendo en nuestra existencia, se equivoca. En este grupo encontramos más creyentes “ortodoxos”<sup>29</sup> que en el resto de los grupos.

Es en este punto donde surgen las responsabilidades éticas. Si somos dueños de nuestras vidas, si somos nosotros los que escribimos ese libro, nos convertimos en los únicos responsables de nuestros actos. Isabel V.R. piensa “*que las personas que creen en el destino son personas que no son responsables ni de sus actos ni de sus elecciones, y que por tanto, se apoyan en el destino para atribuirle los errores que van cometiendo en sus vidas*”. Es un modo bastante eficaz de gestionar los propios errores o desechos, un problema bastante acuciante, como plantea Bauman<sup>30</sup>.

Tenemos la obligación y el compromiso éticos de tomar la vida en nuestras manos y hacer con ella lo que creamos oportuno. Para Isabel V.R., el destino tiene como

<sup>29</sup> Entiendo aquí por *ortodoxo* al que cree en Dios y, concretamente, en el Dios cristiano, en Jesucristo, la resurrección... Algunos, incluso, van a la iglesia con cierta asiduidad. El resto de creyentes de la clase, más heterodoxos, no logra definir muy bien cuál es el objeto de su fe, qué es eso en lo que creen.

<sup>30</sup> Z. BAUMAN, *o.c.* 11.

función asumir la responsabilidad de nuestros errores, pues confiamos en que todo es su obra. Pero esta no es la única tarea que acomete. Es, también, *“una forma de aceptar las cosas”* o, dicho de otro modo, es el que *facilita las respuestas a nuestras preguntas y a nuestros porqués*. La ilusión no es la libertad, sino el destino, una invención propia del ser humano para poder encontrar sentido a lo que ocurre, dar explicación a aquella realidad (normalmente negativa) que no logramos explicar. Para algunos de ellos, el destino cumple la misma misión que Dios: ser la explicación perfecta (pero inventada) de todo lo que no comprendemos. Colocamos a Dios en el mismo lugar que al “tiempo que lo pone todo en su sitio” y al “destino”: en el límite de nuestras comprensiones, de nuestras inquietudes y, en definitiva, de nuestras existencias. Las nuevas religiosidades surgen, en efecto, para dar un sentido.

¿Cuál es la alternativa que presentan? Si ni el destino ni el tiempo logran responder a nuestras preguntas sobre lo que nos ocurre; si tampoco Dios aparece en los argumentos de los creyentes, ¿quién o qué es el que da significado a nuestra historia? Aquí también encontramos unanimidad: es *“nuestra razón la que nos permite sacar conclusiones”* de los distintos hechos que nos acaecen. Somos nosotros los que damos significado a nuestra vida y decidimos encontrar (o no) un sentido a lo bueno o malo que nos sobreviene. Somos los que decidimos crecer, madurar, aprender...

Justo a la mitad del foro, María G.B. hace su única intervención, logrando sentar las bases argumentativas de todos los que a continuación hablarían. Hace una crítica directa a Curro A.M., que defiende la existencia del destino y a María B.M. que repite insistentemente en el foro que las cosas ocurren *por algo*. En este post se concentran todos los elementos que venimos comentando:

*“Sinceramente Curro, no estoy para nada de acuerdo con tu opinión. No digo que no sea razonable, se podría ver desde tu punto de vista, pero llegados a ese punto nos tendríamos que plantear también otro tema, el de que haya realmente algo por encima de nosotros que sea capaz de predecir y controlar nuestros actos. Es que lo veo imposible. Los seres humanos somos totalmente impredecibles, ni nosotros mismos podemos saber con seguridad cómo reaccionaríamos en determinadas situaciones. Tampoco creo que las cosas ocurran por algo, simplemente ocurren, pero no por nada, sino porque es así la vida, cada acción tiene unas posibles consecuencias, en cada momento tenemos determinadas opciones a escoger, y a partir de la que escojamos nos pasará una cosa u otra, a veces nos arrepentimos de nuestras elecciones y lo que no se puede es refugiarse en...bueno...era mi destino. ¡¡NO!! Hay que aprender de los errores y evitar cometerlos una segunda vez. En ese sentido creo que somos libres, porque no existe algo superior que nos obligue a tomar una decisión determinada. Podemos pensar “si hubiese hecho eso en vez de esto...”; pero nunca sabemos lo que nos podría haber pasado si hubiésemos escogido la otra opción. En esa parte estoy de acuerdo con María, nuestro destino lo vamos creando nosotros con nuestras pequeñas decisiones y es totalmente impredecible”.*

Para ellos, no existe ningún misterio. Las cosas, como afirma María G.B., *“no ocurren por nada, simplemente ocurren, la vida es así”* y nada, ni superior a nosotros ni por debajo (oculto) de la propia realidad tienen el privilegio de dar sentido y explicar

nuestra historia, que definitivamente se ha secularizado. Estas cuatro ideas (somos dueños de nuestras vidas, somos responsables de lo que hacemos, el destino es una forma ilusoria de explicar lo que nos ocurre y somos nosotros los que damos sentido a nuestra existencia) separan a este último grupo de la religiosidad.

Esto, por supuesto, nos convierte en dueños y autores de nuestro propio relato: no hay nada escrito ni nada predeterminado; el papel que juega el tiempo en nuestra novela es el que representa en cualquier otra novela: hacer posible que las hechos “ocurran”, nada más. Y como dueños y autores, también somos los que damos significado a nuestra historia. El que ésta tenga sentido o no, no depende ya de ningún ser superior, sino de nosotros mismos.

Pero esta separación de lo religioso no supone que no tengamos nada que aprender sobre las nuevas espiritualidades. Hemos dicho que al menos tres de los *incrédulos* son católicos (de los de misa dominical). ¿Por qué, a pesar de estar estos tres creyentes “tradicionales”, no aparece Dios por ningún lado? Fenómenos de la secularización: el Dios tradicional no participa en nuestras vidas o lo hace en muy contadas excepciones (casi nunca en nuestro devenir más cotidiano). Las religiones tradicionales, cuando no han perdido su vigencia, se han instalado, con todos sus elementos, en la vida más íntima y personal.

## 5. Concluyendo

La riqueza del debate no acaba en este análisis. Podríamos haber tomado otras sendas de interpretación y el lugar al que habríamos llegado hubiese sido otro. Por ejemplo, siguiendo el tema que dio inicio al foro, podríamos preguntar con Heidegger si esa creencia en el destino contribuye o no a construir una vida auténtica o si se puede ser uno mismo, una cuestión en boga últimamente como bien señala Taylor<sup>31</sup>, a la vez que nos creemos predeterminados.

Nosotros hemos optado por el análisis de “creencias”. Hemos intentado ver cómo la fe en el destino, aunque no constituya una religión en sí misma (como el Islam o la Cienciología) sí es una forma de “religiosidad”, una expresión del “mundo espiritual” en el que vivimos. Visto de esta manera, el destino puede analizarse desde tres perspectivas.

En primer lugar, observamos que el “destino” es una creencia que *apunta nuestro ser* en una dirección. En el foro no se plantea ninguna cuestión ética ni moral (excepto por los que, precisamente, no creen en el destino) ni se hablan de ritos. Es una forma de entender la vida y, concretamente, la vida futura. Es una creencia que resuelve un problema de “sentido”, como decimos, de dirección. Como hemos comentado, estamos en un momento en el que la navegación, real y virtual, están de moda. Los nuevos navegadores existenciales, los nuevos gurús que dirigen nuestras vidas, están sustituyendo

<sup>31</sup> Cf. C. TAYLOR, *La ética de la autenticidad*, Barcelona 1994.



a las religiones institucionales que realizaban este trabajo. Las ventajas son obvias: estos nuevos expertos ofrecen respuestas rápidas e inmediatas a las necesidades de orientación del ser humano, sin aportar la angustia que los filósofos y teólogos habían dado a esa obligación humana de *ir hacia algún sitio*. Además, han sabido conjugar eficazmente el auge de lo narrativo con el deseo de interioridad y de búsqueda del yo.

En segundo lugar, como señalan los que niegan la existencia del destino, esta creencia quiere eliminar la responsabilidad de nuestros actos, nuestro deber de dar un significado a nuestras vidas, a lo que hacemos y nos ocurre. Es una forma de caer en la tentación de ser siempre inocentes, de mantenernos entre “cunas y sonajeros”<sup>32</sup>, de saltarnos, como apuntábamos más arriba, la angustia de la elección. El fracaso se gestiona muy mal en nuestra sociedad del éxito, por lo que equivocarse no solo es un riesgo de errar en la decisión, sino que, sobre todo, está mal visto. ¿El mejor modo de librarse de esto? Suponer que, hagamos lo que hagamos, hay un lugar en el que terminaremos sin más remedio.

Y en tercer lugar, vemos en esta creencia una forma más (entre las muchas que de nuevo están surgiendo) de “espiritualidad”, en cuanto incluye en su esencia la fe en diversos niveles de realidad, seres trascendentes y elementos “místicos”. Una espiritualidad hecha a medida de nuestra vida líquida que no desea amarrarse a nada. Eliminando las religiones institucionales, se elimina, en parte, al “Dios personal” y se sustituye por una deidad más difusa, que nos deja libres de agarres metafísicos. Además, nos permite profesar una religión más intimista, más acorde con nuestro viaje a la interioridad. El destino se amolda a la perfección a la religión del yo y a esa “espiritualidad líquida” y que logra mezclar técnicas meditativas de diferentes religiones con prácticas psicológicas e incluso medicinales para éste.

---

<sup>32</sup> Cf. P. BRUCKNER, *La tentación de la inocencia*, Barcelona 2005.